dedica á ellos por completo, se acercan á él sin necesidad de mandárselo, ceden sin resistencia á su dulce atractivo, se dejan llevar de un imperio que los encanta más que los domina, y se someten, sin pensar, siquiera en discutirlas, á esas influencias tan delicadas como profundas que son la obra maestra de la educación del amor. Los niños oyen con contento á ese amor que les habla; y cada una de sus palabras hace penetrar la doctrina en lo más íntimo de su ser, y que su alma se una á la verdad con estrechos abrazos. Como ese amor refleja su dulce y pura irradiación sobre el corazón del niño, siente éste que su vida, al educarse, se va dilatando á la manera de la flor que colocada á la cabeza del tallo que la sostiene, se abre á los rayos del sol. Si el amor tiene corazón para modelar el de los niños, tiene también manos para tocarlos y formarlos á imagen de Jesucristo; manos suaves y al mismo tiempo fuertes que pliegan á los niños sin irritarlos nunca; y así se van formando dulces y suaves como aquella palabra, como aquel corazón y como aquellas manos que los tocan.

La educación enseñando á los niños á creer ha plantado su vida en el terreno de la verdad y les ha dado una base sólida; enseñándoles á amar los ha dilatado en la atmósfera del amor y con esa dilatación les ha dado también la felicidad, el encanto y la belleza.

Una educación basada en el suave y poderoso imperio del amor imprime su imagen siempre hermosa, siempre atractiva en lo más íntimo de nuestro ser, cautivando el alma y corazón: ahí queda, como risueña primavera de la vida con sus dulces y encantadores aromas; y en la corriente ó extravío de los años nos complacemos en ponerla delante de los ojos, como un reflejo imperecedero de aquellos días que fueron los más felices de la vida: esta imagen es no sólo un encanto, es también escudo de defensa, y hace que la educación encuentre en la magia de sus recuerdos el poder de perpetuarse, de sobrevivir á sí propia en los escollos y tempestades de la vida, de ser siempre

BIBLIOTECA CENTRAL

áncora de preservación ó germen bendito de futura resurrección. Así obra el amor cristiano en el más bello y fecundo de los *Apostolados*.

CAPÍTULO IV

La obediencia cristiana

— 1 —

La educación que decide del valer del hombre, avalora todas las partes integrantes de su vida: ésta tiene su base en la inteligencia, su centro en el corazón y en su mayor altura tiene la voluntad que es la que la domina y rige por completo. Como en la creación impera el hombre sobre todo, así la voluntad impera sobre el hombre: por la voluntad, ante todo, el hombre es hombre; por ella llega á ser lo que Dios quiere que sea, rey de la creación, capaz de enseñorearse de todo después de haberse enseñoreado de sí mismo, de su propio corazón, el más bello trono: de ahí la suma necesidad de educar la voluntad y disponer al hombre desde su niñez para que más tarde empuñe el cetro de su soberanía y aparezca con toda majestad.

La voluntad forma el carácter, la fisonomía propia del hombre, distingue á un hombre de otro y nos da la medida de su influencia en el bien ó en el mal.

La voluntad salva ó arruina los imperios, produce las grandes creaciones ó las grandes catástrofes: ella decide en fin de su eterno porvenir. Dios que ha creado al hombre sin intervención de éste no le salvará sin su voluntad.

Como la fe cristiana forma la educación esencial de la inteligencia y el amor cristiano la educación esencial del corazón, así la obediencia cristiana forma la educación esencial de la voluntad: ley suprema es para la inteligencia el creer, para el corazón el amar y para la voluntad el obedecer.

La obediencia, ley suprema de vida para la voluntad es cosa esencialmente moral, como lo es la autoridad: la obediencia no es una fuerza menor ante obra mayor, la debilidad ante el poder, sinó que es la inclinación libre ante la autoridad reconocida y acatada; es la voluntad del inferior que se une á la voluntad del que se considera superior; y este no es tal superior, sinó en cuanto participa de la autoridad de Dios: de modo que la obediencia cristiana es la sumisión libre de toda voluntad á Dios, único centro legítimo de la autoridad.

El cristianismo es la escuela divina de la obediencia: ahí está Jesucristo, la autoridad por esencia, constituida en la humanidad cristiana: ahí la sumisión práctica de la humanidad cristiana á la autoridad de Jesucristo. La gerarquía es esta misma autoridad, organizada en la Iglesia; y la vida cristiana es el reconocimiento práctico de esta autoridad, es decir, la obediencia perpetua á Dios en Jesucristo, nuestro Señor.

El cristiano es, pues, por esencia un ser obediente; y como servidor libre de Cristo que es su Rey, sabe decir si llega la ocasión: «antes se ha de obedecer á Dios que á los hombres»; mas no puede decir nunca: «no obedezco»; y si lo dijera, se desprendería del signo de Cristo para tomar el signo de Satanás: *signum bestiæ:* por eso la obra fundamental de la educación consiste en someter libremente la voluntad del niño á la autoridad de Cristo; pues sabe muy bien que la formación moral del hombre estriba, ante todo, en la formación de la voluntad; y según este decide el hombre su destino, inclinándose al polo del bien ó al polo del mal; y para la voluntad de un cristiano es el bien todo lo que manda Jesucristo y es el mal todo lo que él prohibe.

Hé aquí porque la educación cristiana pone todo su empeño en hacer que la voluntad del niño se incline ante la autoridad divina de Jesucristo. Ella le dice al mostrarle el padre y la madre: estos son juntamente con el Dios creador los autores de tu vida y tienen la autoridad consagrada por Jesucristo, á la que debes obedecer: ante el sacerdote y el Pontífice le dice: estos son los representantes de Jesucristo, Dios revelador y salvador: su palabra muestra su pensamiento; su precepto te expresa su voluntad; debes obedecer: ante el magistrado, el funcionario, el rey, le dice: estos están para hacer bien y obrar la justicia; son la autoridad de Jesucristo, Dios ordenador, para defender tus derechos y protejer tu patria: como á tus padres y á tu sacerdote, has de obedecerlos en la esfera en que ejercen su mando: así desarrolla la educación cristiana en el niño el instinto de la autoridad y la inclinación á la obediencia aún antes que luzca la aurora de su vida moral: cuando esta llega, halla el niño ser cosa fácil inclinarse con pleno conocimiento ante la autoridad que se ha acostumbrado obedecer antes de saber que le debía obediencia.

La obediencia es ley suprema de vida, de orden, de harmonía, de crecimiento, lo mismo en el mundo material que en el mundo moral: desde los abismos del firmamento hasta los abismos de la tierra todas las criaturas oyen la voz que las llama y responden: «quí estoy:» desde el fondo más inesplorado de los espacios siguen los soles recorriendo su órbita con una exectitud cuyo prodigio no aciertan á explicarnos del todo los astrónomos y concurren al punto y á la hora señalada por el dedo divino para mostrarse á nuestra vista y saludar á su Creador: el mundo sidéreo es un conjunto y concierto de soles que cantan la gloria de Dios y cumplen su voluntad: acá en la tierra la vida circula por mil canales profundos, en que el genio del hombre no alcanza á seguirla para sorprender sus misterios; mas en todos sus movimientos tan múltiples, tan ocultos y tan impenetrables hay una cosa que se revela con todo su esplendor divino al genio que la contempla, es la fidelidad con que responde la vida al llamamiento de la Providencia: por ocultos y lejanos que estén, la savia adivina y sigue sin desviarse los senderos que le abre la naturaleza, y á la hora fijada reviste á la tierra con su manto de verdura, da á los árboles su ropaje de flores y su corona de frutos con una docilidad que no ha resistido una sola vez á la voz de

Dios y con una sencillez, que no hace nunca traición á sus deseos, ni desmiente sus palabras.

Mas este concierto de obediencias pasivas, ciegas, del mundo material que, sin saberlo, cumple la voluntad de Dios, necesita, para tener algún sentido, de una obediencia inteligente y libre: esa obediencia hállase en el hombre, pontífice, mediador y rey, quien con la voz de su libre sumisión completa las harmonías del mundo y los ecos de la creación.

Hé aquí porque el niño, desde que lucen los primeros albores de su pensamiento, revela un instinto de obediencia prestándola á la autoridad que su inteligencia reconoce. Cierto es que la autoridad moral que le pide su sumisión, como á súbdito, no se descubre aún sinó á través del claro-obscuro de la aurora; mas á pesar de eso, su naciente razón conspira ya con el instinto para legitimar su imperio y consagrar su obediencia; y al inclinarse su corazón bajo la autoridad personificada en el amor, reconoce en ella su razón la legitimidad del mando y la majestad del derecho; y su conciencia, al despertar, le enseña á obedecer á esa autoridad, primer instinto de su alma y primera necesidad de su vida.

La debilidad é impotencia del niño, al nacer, le revelan que la obediencia es la ley que le rige desde la cuna: si el niño nace con la vocación del mando, nace como el ser más impotente para regirse á sí mismo en el mundo en que ha de reinar: rey de la creación, nace cautivo de sus necesidades, y al pisar débil y llorando el dintel de su imperio, ni aún podría vivir, sinó le tocase con su cetro el amor: de modo que la primer ley que se le impone es la de: *obedecer* ó *morir*.

La obediencia que es ley de la educación porque lo es también de la vida, no deja de regirnos aunque hayan pasado las necesidades que tenían cautiva nuestra niñez: en pos de las necesidades de la vida física vienen las necesidades de la vida moral: aquí también es ley suprema: *obedecer* ó *morir*. Así que crece el niño y se le dilatan los

horizontes de la vida y empieza á tantear con la mano el peso de su cetro y con la frente el peso de su corona, al sentir que se hace hombre y que llega la hora de su investidura, despiértase su instinto de dominación, su alma experimenta una inmensa necesidad de independencia, los abismos de su corazón le gritan: «fuera ligaduras, fuera barreras: *Dirumpamus vincula:* no más límites á mi libertad: calle mi madre, mi educador, la Iglesia, Dios: nadie me mande: quiero gobernarme á mí mismo: atrás todo lo que intenta cautivarme ó mandarme.»

Hé aquí la naturaleza humana en un niño de quince años: ese grito de independencia que antes de tiempo lanza el hombre todavía niño, es la proclamación más solemne de la ley de la obediencia: porque ¿qué va á ser de ese joven que con tanta impaciencia lleva el peso de su yugo y tanta ambición tiene ya de mandar? ¿quién someterá á ese independiente y contendrá á ese rebelde? ¿quién refrenará á ese joven arrojado que quiere lanzarse á correr por el mundo, como el caballo árabe por el desierto? La obediencia, pero libre y voluntaria.

Si el movimiento expontáneo de su vida se ha dilatado, y si su esfera de actividad se ha ensanchado; si sobreabunda la vida y parece grita por todas partes: «hacedme lugar», no por eso se sustrae el niño á la ley de la obediencia: por el contrario, en esos momentos decisivos le es más necesario que nunca aceptar libremente una autoridad que le domine; no tiene las debilidades de la infancia, pero tiene las tempestades de la adolescencia; y su impotencia para gobernarse á sí mismo es tanto más fatal para su educación, cuanto más profunda es la necesidad que siente de rechazar toda autoridad que no sea la suya. La debilidad del niño entrega á este sin oposición al gobierno de otro; y el mayor peligro de la crisis de la juventud consiste en rechazar toda autoridad que viene á regirle, precisamente en la edad en que, impotente para sí mismo, cree que la fuerza de sus pasiones significa el movimiento de su fuerza, y que el grito de independencia es la declaración de sus derechos:

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

entonces es más necesaria que nunca la obediencia, más libre, más razonada, más inteligente, sin duda alguna, pero también más necesaria, no para encadenarle, sinó para protegerle; no para quitarle el movimiento de la vida, sinó para impedir su desbordamiento; no para condenarle á una impotencia que le anule y á una debilidad que le degrade, sinó para evitar las agitaciones que le consumen y las fatigas que le matan: entonces es más necesaria que nunca la obediencia que le ponga barreras á derecha é izquierda para que esa fuerza que no es dueña de sí misma, no se desborde y le arrastre de caida en caida hasta precipitarle en el fondo de los grandes abismos.

Mas si el niño llega á ser hombre; tiene ya treinta ó cuarenta años, hállase en medio de la sociedad; también aquí le sigue sin cesar la inevitable ley de la obediencia; porque la sociedad no es un desierto en que el hombre puede pasear á su antojo los caprichos de una libertad sin freno, sinó una vasta red de dependencias, en que no puede moverse ordenadamente y obrar de una manera harmónica, sinó á condición de obedecer: si quiere conquistar la grandeza y gloria propias del hombre, tiene que preparar su corazón á amar y su voluntad á obedecer; abajo, arriba, en medio; súbdito, ministro ó rey, el hombre debe siempre obedecer: abajo la multitud tiene que obedecer siempre, so pena de convertirse en un mar embravecido que amenaza inundar la tierra: encima de la multitud obedece el militar, obedece el magistrado, obedece el funcionario público: estos que al parecer sólo respiran el aire libre de la independencia, están más encadenados y cautivos que la multitud que les obedece y hace su voluntad.

Aún el que está en la cumbre del edificio social y tiene en sus manos los destinos de los hombres y el timón de todas las cosas, tiene que obedecer; sus mismos mandatos han de obedecer á una justicia más alta é inflexible, si quiere gobernar con inalterable harmonía; y su poder para hacerse obedecer de los hombres no tiene garantía más eficaz que su fidelidad en obedecer á Dios: si esa falta, falta á la ley

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

de su destino y cae fatalmente bajo la necesidad de su imperio: los hombres y las cosas le dominan y le someten á la fuerza; y en el fondo de todo aparece Dios que se vale de los acontecimientos para obligarlos á obedecer.

Así, en todas las esferas de la sociedad no hay más que una gerarquía de sumisiones y un concierto de voluntades en que una obediencia corresponde á otra obediencia; y todo hombre está llamado á obedecer hoy, mañana y siempre, como en esas obras maestras de la industria, en que cada rodaje obedece en sus movimientos á otro rodaje y no juega con libertad sinó cuando está en perfecta dependencia.

Todas estas enseñanzas llenas de luz nos revelan con toda evidencia que el obedecer es la ley de la vida, y como la ley de la vida, el obedecer será siempre la ley de la educación.

El niño que sólo ve en su padre al *amigo* y en su maestro al *compañero,* educado en la independencia, fuera de la disciplina de la obediencia voluntaria, es el salvaje, destinado al desierto, no á la sociedad; al egoismo, no á la fraternidad: á los diez años es ya esclavo y déspota; esclavo de sus caprichos y vicios y déspota de los demás; es arrogante, orgulloso, insolente, provocador, irascible y, á veces, furioso hasta sofocarse: á la menor contradicción estalla y brama, arrojando espuma y descargando golpes á derecha é izquierda sobre todo lo que le resiste, hasta sobre la misma materia, si ésta no se pliega á todos sus antojos; este niño es malvado, feroz y hasta salvaje.

Y si es salvaje desde niño ¿qué será en la adolescencia? El fogoso corcel que salta en la pradera, cautivo y libre á la vez entre las barreras que sirven de obstáculo á sus desbordamientos, pero que impaciente de su cautiverio salta por encima de sus vallas, rompiendo sus amarras, corre y se precipita sin guía ni freno á través de los espacios; que dominado por el vértigo de la independencia, se turba su cabeza y no sabe dónde va; que tropieza en los obstáculos que encuentra á cada paso, se destroza en